

ROMPER LOS CERCOS DEL SILENCIO¹

Carlos Montemayor

El 23 de septiembre de 1965 un grupo guerrillero de jóvenes estudiantes y campesinos atacó el cuartel militar de Ciudad Madera, en la sierra de Chihuahua. Pocos días después Rodrigo Moya y Víctor Rico Galán viajaron a la sierra en busca de Manuel Márquez, un joven campesino que debía guiarlos a Cebadilla de Dolores, la región situada en la frontera de Sonora y Chihuahua donde se había iniciado el grupo guerrillero. Por ese viaje Rodrigo Moya aparece en mi libro *Las armas del alba*. Es decir, lo traté por vez primera como un personaje de novela.

Para describir ese episodio me basé en el artículo que Víctor Rico Galán publicó en la revista *Sucesos para Todos* del 15 de octubre de 1965 y en una entrevista personal que tuve en Ciudad Madera con Manuel Márquez. En aquella revista había fotos estremecedoras tomadas por Rodrigo Moya y por dos fotógrafos chihuahuenses que trabajaban para los diarios *El Norte* y *El Herald*, Jolly Bustos y Juan de la Torre.

Me llevó muchos años recabar información suficiente acerca del movimiento campesino de aquel tiempo. En particular fue esencial conocer a los sobrevivientes del ataque al cuartel. A finales del año 2001 la reescribí por entero y volví a trabajar en los episodios de la vista que Rodrigo Moya y Víctor Rico Galán efectuaron a la sierra de Chihuahua el 30 de septiembre de 1965. Una noche me demoré trabajando en esas páginas y sentí que aún quedaban varios cabos sueltos.

A la mañana siguiente vi una fotografía de Rodrigo en las páginas culturales de *La Jornada*. La Universidad Veracruzana presentaba en la ciudad de Xalapa una exposición suya: «Fuera de moda». Pablo Espinosa, jefe de la sección de Cultura del periódico, me informó que Rodrigo Moya

¹ Prólogo al libro: Moya, Rodrigo (2004), *Foto insurrecta*, Ediciones El Milagro, México, 2004, pp. 9-11.

vivía en Cuernavaca y me dio su número telefónico. Le llamé de inmediato y le comenté que la noche anterior había yo estado trabajando en los episodios donde él figuraba como personaje y que esa mañana había encontrado una foto de su exposición en el periódico. Conversamos varios minutos y aceptó que nos viéramos en otro momento.

Gran parte del resto de ese año estuve fuera del país y no pude verlo hasta el siguiente mes de febrero. Mi encuentro con su deslumbrante obra fue esencial para entender la vocación y la tarea de un fotógrafo como él. Hacía treinta años Rodrigo Moya había ido a la sierra de Chihuahua en busca de una realidad que el gobierno y el ejército mexicanos se negaban a reconocer, a mostrar. En movimientos magisteriales, obreros, campesinos, guerrilleros, Rodrigo Moya había acudido en busca de una realidad que sofocaba la versión oficial. Esa búsqueda de la realidad negada o desvirtuada sólo podía nacer de la pasión por la vida humana, de la pasión por la lucha humana y la esperanza que supone.

Yo había escrito en otro momento que el historiador quizá se apasiona por el descubrimiento de hechos históricos, pero el escritor se apasiona por la vivencia humana que hace posible esos hechos históricos. La literatura es una forma de conocimiento de la realidad no una forma de evasión. Cuando los trabajos del historiador y del novelista se hermanan, se aproximan, no se debe a la pasión por la historia sino a la pasión por la realidad humana, a la pasión por lo humano.

Décadas después, viendo parte de sus fotografías en Cuernavaca y ahora en este libro contundente, *Rodrigo Moya: foto insurrecta*, entiendo que Rodrigo ha ido en busca de esa realidad casi en las mismas zonas y con los mismos combatientes guerrilleros que yo. Que ha buscado entender, mirar, conocer lo que somos, pero sobre todo conocer la lucha no de lo que hemos sido sino de lo que hemos querido ser.

Por esta vocación que impulsó durante tantos años la vida interior y profesional de Rodrigo Moya se comprende más a fondo la condición humana. También el universo mismo. Quise sugerirlo en un pasaje de *Las armas del alba*. A una semana del ataque al cuartel militar de Madera, al terminar la conversación con un grupo de campesinos en Cebadilla de Dolores, en la noche profunda, los personajes se detuvieron un momento, por indicaciones precautorias del joven campesino que los guió; al descender del vehículo y en un claro del bosque descubrieron el vasto cielo de la sie-

rra de Chihuahua. El periodista y el fotógrafo que buscaban la realidad social que yo también he buscado miran el mundo:

Víctor Rico Galán y Rodrigo Moya no habían contemplado el firmamento así, tan despejado. Las estrellas parecían producir un fino rumor. Destilaban su luz como un sonido que desconcertaba, que envolvía la noche y la aligeraba, la hacía descender, acercarse a las cosas. El firmamento parecía respirar, estar vivo, tener a flor de piel, pero sujetos, los tejidos de las constelaciones, su muchedumbre luminosa. Entre las estrellas fugaces y la luz de estrellas fijas vieron puntos radiantes que se desplazaban suavemente, que no desaparecían; las distinguieron hacia la constelación de Orión, que ascendía expandiéndose, como arrastrando en un montoncito de semillas de luz el inquieto enjambre de las Pléyades.

30 años más tarde, pocos meses después que empezó a circular la primera edición de *Las armas del alba*, escribo estas líneas para la edición *Rodrigo Moya: foto insurrecta*. Se trata quizá de ciclos coincidentes, de ciclos que se cierran simultáneamente. De la coincidencia de dos libros con la vocación de romper los cercos del silencio en torno a realidades sociales o a luchas sofocadas o desvirtuadas. O tal vez sólo se trata de un encuentro impostergable. De un reencuentro con el pensamiento y la pasión de lo que hemos querido ser, de lo que aún, en lo más profundo de nosotros, creemos que podemos llegar a ser.